

Esta predilección por el mal ha sido notada por muchos observadores, y muchos de ellos han tratado de explicarla filosóficamente. En una conferencia sobre *El Mal como objeto de la representación poética*, Franz Brentano dice: «Puesto que lo que se expone en la tragedia parece tan poco apetecible y alegre, se sugiere la idea que estas explicaciones (del placer que se siente en la tragedia) se deben buscar menos en la excelencia del asunto que en una necesidad del público al cual únicamente las cosas de este modo expuestas, responden... ¿Experimentaría por casualidad el hombre de vez en cuando la necesidad de una emoción dolorosa y aspiraría á la tragedia como á una cosa que satisfaga esta necesidad de la manera más eficaz, y que le ayuda por decirlo así, á llorar de una vez con toda su alma?... Si durante mucho tiempo no han reinado sobre nosotros ninguna de las pasiones que las tragedias excitan, el poder sentir las pide de nuevo, en cierto modo, manifestarse, y la tragedia es la que nos ayuda á esto; sentimos dolorosamente, á la verdad, las emociones, pero al mismo tiempo sentimos un alivio bienhechor de nuestra necesidad. Yo creo haber hecho centenares de veces semejantes observaciones, aún menos en mí mismo que en los demás, en aquellos, por ejemplo, que devoran con ansia el relato de un nuevo asesinato que leen en el periódico»¹. El profesor Brentano confunde aquí, ante todo, con una lamentable ligereza, lo malo y lo triste, dos concepciones absolutamente diferentes. La muerte de un ser amado, por ejemplo, es triste; pero no se puede hallar en ello nada malo, es decir inmoral, á menos que con una argucia sutil, no se pretenda interpretar como

¹ Franz Brentano, *El Mal como objeto de la representación poética*. Conferencia dada en la Sociedad de los Amigos de la literatura en Viena, Leipzig, 1892, pág. 17.

una inmoralidad la acción de las fuerzas naturales que disuelven el individuo. Da luego como una explicación lo que no es sino una perífrasis del todo superficial. ¿Por qué encuentran las gentes placer en el mal? Porque... ¡tenemos evidentemente en nosotros una inclinación á encontrar placer en el mal! *Opium facit dormire quia est in eo virtus dormitiva*. M. Fr. Paulhan ha tratado la cuestión más seriamente, pero tampoco vamos con él muy allá: «Un espíritu contemplativo, amplio, curioso, penetrante, con tendencias morales profundas, pero que pueden olvidarse en gran parte durante la investigación científica ó la contemplación estética, con, á veces también, una ligera perversión natural, ó sencillamente una tendencia marcada hacia ciertos placeres, cualesquiera que sean, que no son un mal en sí mismos y hasta pueden ser un bien, pero cuyo abuso es un mal, tales son las razones de ser de los sentimientos (del amor del mal) de que nos ocupamos. La idea del mal, en cuanto halaga un gusto, halla un punto de apoyo sólido y hay una razón más para que sea agradable, puesto que satisface idealmente una inclinación que la razón impide satisfacer realmente hasta saciedad.» De nuevo esa serie de ideas que gira dentro de un círculo como un gato que retoza y se muerde la cola: tenemos gusto por el mal porque hallamos gusto en el mal. La impotencia de razonamiento que M. Paulhan revela aquí es tanto más sorprendente cuanto que, algunas páginas más arriba, se ha acercado mucho á la verdadera solución del enigma. «Hay estados morbosos, dice, en que el apetito se deprava; el enfermo se traga con avidez carbón, tierra ó cosas aún peores. Hay otros en los cuales la voluntad está viciada y el carácter desequilibrado por algún sitio. Los ejemplos patológicos son notables, y el caso del marqués de Sade es uno de los más característicos... A veces se goza con males que uno mismo sufre del mismo modo que con los de los demás. Los sentimientos de la voluptuosidad del dolor y de la piedad, de los cua-

tes se ha ocupado la psicología, parecen descubrir á veces una verdadera perversión y contener como elemento el amor al dolor por el dolor mismo... Con frecuencia se trata de gentes que quieren su propio bien en primer término y luego el mal de otro. El uno ó el otro estado especialmente psíquico son visibles en numerosos casos de maldad, por ejemplo, en este hecho de un rico fabricante que acusa falsamente á un joven que va á casarse de padecer una enfermedad venérea y que mantiene su acusación *por mero placer*,... ó bien aún el del joven pillastre que saborea el placer del robo hasta el punto de exclamar: «Aun cuando fuera rico quisiera robar siempre.»—La misma vista del sufrimiento físico no es siempre desagradable, numerosas personas la buscan... La perversión en este caso es probablemente de todos los tiempos y de todos los países... Se diría que puede entrar en el espíritu de un hombre de nuestra época cierta alegría por desarreglar el orden de la naturaleza, que no parece haberse manifestado en otros tiempos con semejante intensidad. Es una de las mil formas del replegamiento en sí mismo que caracteriza nuestra civilización avanzada»¹. Aquí toca M. Paulhan el nudo de la cuestión sin advertirlo y sin pararse en ello. El amor por el mal no es algo universalmente humano, es una «aberración» y una «perversión» y «una de las mil formas del replegamiento en sí mismo»; dicho de otro modo, de una manera más breve y más clara: del egotismo.

La literatura criminalista y psiquiátrica registra centenares de casos de aberración, en los cuales el enfermo ha sentido una predilección apasionada por el mal y lo horrible, por el sufrimiento y la muerte. Me contentaré con citar un ejemplo característico: «En el otoño de 1884 murió en la cárcel, en Suiza, una mujer llamada María Jeanne-

¹ Fr. Paulhan, *El nuevo misticismo*, París, 1891, pág. 94.—Véase, por lo demás, todo el capítulo «El amor del mal», págs. 57-99.

ret que había asesinado á cierto número de personas. Después de haber recibido una buena educación se había consagrado al cuidado de los enfermos, no por amor á la beneficencia, sino para satisfacer una pasión loca; los sufrimientos, los gemidos y las contorsiones de los enfermos la llenaban de una voluptuosidad secreta. Suplicaba de rodillas y llorando á los médicos que la dejaran asistir á las operaciones peligrosas, á fin de poder satisfacer sus deseos. La agonía de un ser humano la procuraba el goce más vivo. Bajo pretexto de una enfermedad de los ojos había consultado á varios médicos oculistas y les había sustraído belladona y otros venenos. Su primera víctima fué una amiga suya, otras siguieron sin que los médicos á los cuales se recomendaba como enfermera tuvieran sospechas, tanto menos cuanto que con frecuencia cambiaba de residencia. Una tentativa frustrada en Viena trajo el descubrimiento: había envenado nada menos que á nueve personas, pero no sentía ni remordimiento ni vergüenza. En la cárcel su voto más ardiente era caer gravemente enferma para poder gozarse ante el espejo en sus propias contorsiones»¹.

Así es como reconocemos, á la luz de la observación clínica, la verdadera naturaleza de los parnasianos. Su «imposibilidad» en tanto que simple indiferencia con respecto al sufrimiento ajeno, á la virtud y al vicio, pro-

¹ Oswald Zimmermann, *La voluptuosidad del sufrimiento: contribuciones al conocimiento del sentimiento humano en el arte y en la vida*, segunda edición refundida, Leipzig, 1885, pág. 111. Este libro no tiene valor desde el punto de vista de las ideas, puesto que reproduce, en lenguaje voluntariamente hinchado y aspirando visiblemente á la «profundidad», los desatinos más imbéciles del trío Eduardo de Hartmann, Nietzsche y Gustavo Joeger. Pero el autor, que ha leído mucho, ha recopilado cuidadosamente materiales útiles en ciertos capítulos, particularmente en el titulado «La asociación de la voluptuosidad y de la crueldad» (pág. 107 y siguientes). (El caso Jeanneret, publicado primero por Chatelain en los *Anales médico-psicológicos*, ha sido citado también por Krafft-Ebing, *Manual de psico-patología legal*, 3.^a edic., Stuttgart, 1892, pág. 248).

cede de su egotismo y es una consecuencia de su obtusión, que les hace imposible representarse con bastante viveza un processus del mundo exterior, por consiguiente también el dolor, el vicio ó la fealdad, para poder responder á ellos por las reacciones normales, la aversión, la indignación ó la piedad; pero allí donde la impasibilidad constituye una predilección declarada por el mal y lo horrible, no tenemos más remedio que ver en ella la misma aberración que hace del imbécil un cruel torturador de animales ¹, y de María Jeanneret citada más arriba, una envenenadora que mata diez personas. Toda la diferencia consiste en el grado de impulsión; si es bastante fuerte, tiene por consecuencia actos crueles y crímenes; si es elaborada por los centros enfermos con una fuerza insuficiente, puede entonces ser satisfecha por la sola imaginación, por manifestaciones poéticas ó artísticas.

Naturalmente, se ha intentado defender la aberración como una cosa justificada y voluntaria, y hasta erigirla en distinción intelectual. Así es como M. Paul Bourget pone en boca de los decadentes, valiéndose de pequeños artificios de estilo que no permiten dudar ni por un instante de que expresa su propia opinión, el razonamiento siguiente: «Nos deleitamos en lo que llamáis nuestras corrupciones de estilo, y deleitamos, á la vez que á nosotros, á los refinados de nuestra raza y de nuestro tiempo. Queda por saber si nuestra excepción no es una aristocracia, y si, en el orden de la estética, la pluralidad

¹ Sollier, *op. cit.*, pág. 123: «El imbécil es refinado en sus persecuciones y lo es á sabiendas. Le gusta ver sufrir; despluma á un pájaro vivo, ríe al oírle gritar y al verle revolverse; arranca las ancas á una rana, la contempla sufrir un rato, luego, bruscamente, la aplasta ó la mata de otra manera, como hace uno de los imbéciles de Bicêtre... El imbécil es tan cruel para sus semejantes como para los animales y lo es hasta en sus bromas. Así es como se reirá malvadamente y se burlará de un compañero que se haya quedado inválido».

de los sufragios representa otra cosa que la pluralidad de las ignorancias... Es un engaño de uno mismo no tener el valor de su placer intelectual. Complazcámonos pues en nuestras singularidades de ideal y de forma á reserva de encerrarnos en ellas en una soledad sin visitas» ¹.

Parece apenas necesario hacer notar que con estos argumentos, por los cuales M. Bourget anticipa toda la «filosofía» delirante de Nietzsche, todo crimen puede ser glorificado como una acción «aristocrática». El asesino tiene «el valor de su placer intelectual», la pluralidad que no le apueba es una pluralidad de «ignorantes», se complace en sus «singularidades de ideal» y debe á lo sumo por este motivo, dejarse encerrar en «una soledad sin visitas», es decir hablando sencillamente, en la cárcel, si «la pluralidad de las ignorancias» no hace que le ahorquen ó le guillotinen. El decadente Mauricio Barrés, ¿no ha defendido y justificado á Chambige valiéndose de la teoría de M. Bourget?

Este mismo teorizante antipático del egotismo anti-social más abyecto niega también que pueda hablarse de espíritu enfermo ó sano. «No hay—dice—ni enfermedad ni salud del alma, no hay más que estados psicológicos, desde el punto de vista del observador sin metafísica, puesto que no apercibe en nuestros dolores, en nuestras facultades, en nuestras virtudes y en nuestros vicios, en nuestras voliciones y en nuestras renunciaciones, sino combinaciones, variables, pero fatales y por ende normales, sometidas á las leyes conocidas de la asociación de las ideas. Únicamente un prejuicio en el cual reaparecen la doctrina antigua de las causas finales y la creencia en un objeto definido del universo, puede hacernos considerar como naturales y sanos los amores de Dafnis y de

¹ Pablo Bourget, *Ensayos de Psicología contemporánea*, París, 1883, pág. 28.

Cloe en el valle, como artificiales y malsanos los amores de un Baudelaire»¹.

Para reducir esta necia sofística á su justo valor, el buen sentido no tiene más que recordar la existencia de los asilos de dementes. Pero el buen sentido no tiene derecho de sufragio entre los retóricos de la especie de M. Paul Bourget. Le responderemos, pues, con una seriedad que no merece que en efecto, toda manifestación vital, las del cerebro como las de todo otro órgano, es el efecto necesario y el solo posible de las causas que la ocasionan, pero que, según el estado del órgano y de sus partes elementales, su actividad, necesaria y natural en sí misma, puede ser útil ó perjudicial al organismo total. Si el mundo tiene ó no un objeto, es una cuestión que puede dejarse indecisa, pero la actividad de todas las partes del organismo tiene no obstante si no el objeto, por lo menos el efecto incontestable de conservar el organismo total; si no produce este efecto, y si por el contrario lo impide, es perjudicial al organismo total, y para designar semejante actividad perjudicial de ciertos órganos, la lengua ha formado la palabra «enfermedad». El sofista que niega que haya enfermedad y salud, debe lógicamente negar también que haya vida y muerte, ó por lo menos, que la muerte tenga la más mínima importancia, puesto que de hecho, siendo dada una cierta actividad de las partes que llamamos enfermiza, el organismo total perece, mientras que con una actividad de otra naturaleza diferente, que calificamos de sana, el organismo vive y prospera. Mientras tanto que M. Bourget no establezca la tesis que el dolor es tan agradable como el placer, la decrepitud tan satisfactoria como el vigor, y la muerte tan apetecible como la vida, prueba sencillamente que no sabe ó no se atreve á sacar de su premisa la conclu-

¹ Paul Bourget, *Ensayos de Psicología contemporánea*, París, 1883, págs. 12-13.

sión exacta que pondría inmediatamente de manifiesto lo absurdo de ella.

Toda la teoría que ha de explicar y justificar la predilección por el mal no ha sido por otra parte inventada sino después del hecho. La inclinación hacia el mal y lo horrible existía primero, y no era una consecuencia de consideraciones filosóficas y de auto-persuasión. Tenemos sencillamente aquí un nuevo caso de ese método de nuestra conciencia, con tanta frecuencia observado en el curso de este estudio, que consiste en inventar causas racionales para los instintos y actos de lo inconsciente.

Se trata, en la predilección de los parnasianos por lo inmoral, lo criminal y lo feo, tan sólo de una aberración orgánica y de nada más. Pretender que inclinaciones de este género existen en todo hombre, aun el mejor y el más sano, y son sencillamente ahogadas por él, mientras que los parnasianos les sueltan las riendas, es una afirmación arbitraria y no probada. La observación y la marcha entera del desarrollo histórico de la humanidad la contradicen.

Que haya en la naturaleza repulsión y atracción nadie lo negará; un vistazo sobre los polos magnéticos, sobre los electrodos positivos y negativos basta para establecer este hecho. Encontramos de nuevo este fenómeno en los seres vivos más inferiores; determinadas materias los atraen, otras los repelen; no puede tratarse en esto de una inclinación ó de una expresión de voluntad; hay que considerar más bien el processus como un hecho puramente mecánico que tiene verosímilmente su razón en condiciones moleculares que aún no conocemos. La microbiología da á la actitud de los micro-organismos con respecto á las materias atractivas y repulsivas, el nombre de «quimiotaxis» ó «quimiotaxia», formado por Pfeffer¹. En los organismos superiores las condiciones no son na-

¹ Verworn emplea la palabra «quemotropismo».

turalmente tan simples; también en ellos, á la verdad, la razón última de las inclinaciones y de las aversiones es seguramente quimiotáctica, pero la acción de la quimiotaxia tiene necesariamente que manifestarse en ellos bajo otra forma. Una simple célula tal como el bacilo, por ejemplo, se aleja en el acto, en cuanto penetra en el radio de un cuerpo químico que la repele. Pero la célula que constituye una parte de un organismo superior no tiene esta libertad de movimiento y no puede cambiar por sí misma de sitio; si en un momento dado es rechazada quimiotácticamente, no puede sustraerse á la acción perjudicial y tiene que permanecer expuesta á ella, pero sufre perturbaciones en su actividad vital. Si éstas son bastante graves para perjudicar á las funciones del organismo total, éste obtiene de ellas conocimiento, se esfuerza por percibir su causa, la descubre también por regla general y hace en beneficio de la célula que sufre, lo que ésta no puede hacer por sí sola: la sustrae á la acción repulsiva. El organismo adquiere necesariamente experiencia en lo que concierne á su defensa contra las nocividades; aprende á conocer las condiciones en las cuales se manifiestan y no les permite en lo sucesivo llegar hasta el efecto realmente quimiotáctico, sino que evita la mayor parte de las veces las materias perturbadoras antes de que puedan ejercer una repulsión real directa. El conocimiento adquirido por el individuo llega á ser hereditario, se transforma en facultad organizada de la especie, y el organismo siente subjetivamente como un malestar que puede ir aumentando hasta el dolor, el aviso de que una nocividad obra sobre él y que se disponga á sustraerse á ella. Sustraerse al dolor llega á ser una función capital del organismo, que no puede descuidar poco ni mucho sin expiar este abandono con su ruina.

En el ser humano no se verifican los hechos de un modo diferente á como acabamos de describir. La experiencia organizada hereditariamente de la especie le ad-

vierte de la nocividad de las acciones á las cuales está con frecuencia expuesto. Sus avanzadas contra las fuerzas naturales hostiles son sus sentidos; el gusto y el olfato le dan, en lo que concierne á las materias quimiotácticamente repulsivas, la impresión de la repugnancia y de la fetidez; las diferentes clases de sensaciones cutáneas le recuerdan, por el sentimiento del dolor, del calor ó del frío, que un contacto dado es desfavorable para él; los ojos y el oído le ponen en guardia por la sensación de lo chillón, de lo estridente, de la disonancia, contra los efectos mecánicos de ciertos fenómenos físicos, y los centros cerebrales superiores responden á las nocividades reconocidas de naturaleza compuesta ó á su representación, por la reacción igualmente compuesta del disgusto en sus diferentes grados de vivacidad, desde el simple malestar hasta el horror, la indignación, el espanto ó el furor.

El portador de dicha experiencia hereditaria organizada es lo inconsciente; á él pues, le está confiada por ende la defensa contra las nocividades simples que se manifiestan con frecuencia; la repugnancia hacia impresiones de gusto y de olfato perjudiciales, el miedo á los animales y á los fenómenos naturales peligrosos, etc., han llegado á ser en él un instinto al cual el organismo se abandona sin reflexión, es decir sin intervención de la conciencia. Pero el organismo humano no aprende tan sólo á distinguir y á evitar lo que le es directamente perjudicial á él mismo; obra del mismo modo con respecto á lo que le amenaza, no ya como individuo, sino como ser social, como miembro de una sociedad organizada; la antipatía con respecto de acciones que perjudican á la existencia ó á la prosperidad de la sociedad llega á ser también en el hombre un instinto. Solo que este enriquecimiento del conocimiento organizado de lo inconsciente representa un grado elevado de desarrollo que muchos seres humanos no alcanzan. Los instintos sociales son

aquellos que el hombre ha adquirido en último término y, de conformidad con la ley conocida, los pierde en primer término cuando retrograda en su desarrollo orgánico.

La conciencia no tiene ocasión de observar el peligro de los fenómenos, ni de defender contra él el organismo, sino en el caso en que dichos fenómenos son, ó nuevos del todo, ó muy raros, de suerte que no pueden ser conocidos y temidos hereditariamente; ó bien si encierran en ellos muchos elementos diferentes y no obran directamente, sino por sus consecuencias más ó menos remotas, de suerte que su conocimiento exige una actividad de representación y de juicio complicada.

El disgusto es, pues, siempre un conocimiento instintivo ó consciente de la nocividad de un fenómeno. Su contrario, el placer, no es sólo, como alguna vez se ha sostenido, la ausencia de disgusto—es decir un estado negativo—sino algo positivo. Cada parte del organismo tiene necesidades determinadas que se afirman como tendencia consciente ó inconsciente, como inclinación ó deseo; la satisfacción de estas necesidades es sentida como un placer que puede aumentar hasta la voluptuosidad. La primera de todas las necesidades de cada órgano es funcionar; su simple actividad es ya para él, mientras no va más allá de su poder, una fuente de placer; la actividad de los centros nerviosos consiste en recibir impresiones y transformarlas en apercepciones y en movimientos; esta actividad les procura sentimientos de placer; tienen por consiguiente, un fuerte deseo de recibir impresiones, para ser puestos por ellas en actividad y experimentar sentimientos de placer.

He aquí á grandes rasgos la historia natural de los sentimientos de placer y de disgusto. El lector que la conozca no tendrá ninguna dificultad para comprender la naturaleza de la aberración.

Lo inconsciente está sometido á las mismas leyes biológicas que lo consciente. El portador de lo inconsciente

es el mismo tejido nervioso—aunque quizás otra parte del sistema—en el cual está elaborada también la conciencia. Lo inconsciente es tan poco infalible como la conciencia; puede estar más ó menos altamente desarrollado ó retrasado en su desarrollo, ser estúpido ó inteligente. Si lo inconsciente está incompletamente desarrollado, distingue mal y juzga erróneamente, se equivoca en el conocimiento de lo que es para él favorable ó perjudicial, el instinto llega á ser incierto ú obtuso. En este caso, tenemos la indiferencia hacia lo feo, lo repugnante, lo inmoral.

Sabemos que en los degenerados se presentan diversas detenciones de desarrollo y deformaciones. Ciertos órganos ó sistemas enteros de órganos se detienen en un grado de desarrollo que responde á la niñez, y aun á la vida del feto. Si los centros cerebrales más elevados del degenerado se detienen en su desarrollo en un grado muy poco avanzado, el degenerado se convierte en imbécil ó idiota. Si la detención de desarrollo ataca á los centros nerviosos de lo inconsciente, el degenerado pierde los instintos que se manifiestan en el ser normal como repugnancia y repulsión hacia ciertas nocividades; su inconsciente, podríamos decir, padece imbecilidad ó idiotismo.

Hemos visto además, en el capítulo anterior, que la impresionabilidad de los nervios y del cerebro del degenerado es obtusa. No percibe por este motivo más que las impresiones fuertes; no son más que éstas las que excitan sus centros cerebrales á esa actividad cogitativa y motora que le procura sentimientos de placer. Ahora bien: las impresiones desagradables son naturalmente más fuertes que las impresiones agradables ó indiferentes, puesto que si no fueran más fuertes, no las sentiríamos como siendo dolorosas y no empujarían al organismo á hacer esfuerzos para defenderse. Para procurarse, pues, los sentimientos de placer que están ligados á la actividad de

los centros cerebrales, para satisfacer la necesidad de funcionamiento propia de los centros cerebrales como de todos los demás órganos, el degenerado busca las impresiones que son bastante fuertes para excitar á la actividad á sus centros obtusos y perezosos; pero estas impresiones fuertes son precisamente las que el hombre sano siente como dolorosas ó repugnantes. Así se explican las aberraciones ó perversiones de los degenerados: tienen el deseo de fuertes impresiones porque éstas son las únicas que ponen á su cerebro en actividad, y ésta acción deseada sobre sus centros no es ejercida sino por las impresiones que los seres sanos temen á causa de su violencia, es decir por las impresiones dolorosas, repugnantes y que sublevan.

Pretender que todo ser humano tiene en secreto una cierta predilección por el mal y lo abominable, es una sandez; la sola chispa insignificante de verdad que encierra esta afirmación absurda, es que el ser humano normal, por su parte también, llega á ser obtuso en la fatiga ó en el agotamiento por enfermedad, es decir que cae en el estado que, en el degenerado, es el estado permanente. En este caso ofrece naturalmente los mismos fenómenos que hemos observado en éstos, pero en un grado mucho menor; puede entonces encontrar placer en el crimen y en la fealdad y en aquél más bien que en ésta, puesto que los crímenes son nocividades sociales, mientras que las fealdades son la forma visible de fuerzas perjudiciales para el individuo; ahora bien: los instintos sociales son más débiles que los instintos de conservación, se aletargan, por consiguiente, más pronto, y por esta razón la repulsión contra el crimen desaparece más pronto que la repulsión contra la fealdad. En todo caso, este estado es en el ser normal una aberración también, pero imputable á la fatiga y que no existe en él, como en el degenerado, de una manera permanente, y no forma el rasgo fundamental oculto de su ser, como pretenden los sofistas que le calumnian.

Una línea de desarrollo no interrumpida conduce desde los románticos franceses hasta los parnasianos y se puede ya distinguir en los primeros todos los gérmenes de las aberraciones que se nos presentan en pleno florecimiento en los segundos. Hemos visto en el libro anterior, cuán exterior é indigente en ideas es su poesía, cómo exaltaron su imaginación muy por encima de la observación de la realidad, y cuán grande importancia asignaron á su mundo de ensueño. Sainte-Beuve que, al principio, formaba también parte de su grupo, dice con este motivo, con una afabilidad que prueba que no cree expresar una censura: «Los románticos... tenían un pensamiento, un culto, el amor al arte, la curiosidad apasionada por una expresión viva, de un giro nuevo, de una imagen escogida, de una rima brillante; querían para cada uno de sus marcos un clavo de oro. (Imagen notablemente falsa, dicho sea de paso. Se puede desear para un cuadro un marco de valor, pero en cuanto al clavo que sujeta al marco, se preocupará uno de que éste sea fuerte y no precioso.) «Niños si queréis, pero niños mimados de las Musas, y que jamás hicieron sacrificios ante la gracia vulgar»¹.

Tomemos nota de esta confesión: los románticos eran unos niños; lo eran por su inaptitud para comprender el mundo y á los hombres, por la seriedad y el ardor con los cuales se entregaban á entretenimientos de rimadores, por la candidez con la cual se colocaban por encima de las prescripciones de moralidad y de buen sentido que son de uso entre los adultos. Que se exagere un poco esta puerilidad sin asociarla la fuerza de imaginación salvaje y exuberante de un Víctor Hugo y su don de asociación de ideas rápido como el relámpago y que evoca las más asombrosas antítesis, y se obtiene la figura literaria de Teófilo Gautier, que el imbécil Barbey de Auvilly

¹ Sainte Beuve, *Conversaciones del Lunes*, t. XIV, pág. 70. Artículo del 20 Octubre de 1887, sobre las poesías completas de Teodoro de Banville.